

La palabra que procede de la universidad

Ancona, Andrés

1991

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4300>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA PALABRA QUE PROCEDE DE LA UNIVERSIDAD

ANDRÉS ANCONA *

Cada 24 horas, la Tierra da una vuelta sobre su propio eje, de Este a Oeste. Durante este movimiento de rotación, cualquier punto del Ecuador terrestre gira a una velocidad de 1,690 kilómetros por hora. Gracias a la rotación, sale y se mete el Sol, aparece y desaparece la Luna, hay día para el trabajo y noche para el descanso, luz para contemplar y oscuridad para amar.

La Tierra está dotada, además, de otro movimiento: la traslación. Este movimiento lo ejecuta la Tierra girando alrededor del Sol, a 1,170 kilómetros por minuto, recorriendo en 365 días con 6 horas una órbita elíptica que mide 965 millones de kilómetros lineales. Gracias a este otro movimiento, tenemos los hombres y las mujeres, junto con las plantas y animales,

Primavera:

siembras, flores

Verano:

racimos, espigas

Otoño:

siegas, vendimias

Invierno:

panes, bailes, vinos, cantos...

Según el modelo clásico de ciencia, este movimiento sideral está programado de antemano, se puede predecir, no puede dejar de ocurrir así, es invariable, va cargado de fuerza y energía, alcanza altísimas velocidades, sus órbitas ya están preestablecidas, no se

* Profesor Numerario en el Departamento de Integración; Universidad Iberoamericana, Plantel Santa Fe.

desvían de sus rutas ni se adelantan ni atrasan en sus desplazamientos.

Se dan otros seres que, como los astros, también se mueven en el espacio y en el tiempo, aunque lo hacen de modo distinto: en el espacio se mueven hacia arriba y abajo, a derecha e izquierda, hacia atrás y adelante. Pero, simultáneamente están dotados de otro movimiento en el tiempo del que están desprovistos los astros: primero, ser semillas; enseguida, milpitas; luego, milpas espigas y elotes; después, cañas secas con mazorcas. Están dotados de ese nuevo movimiento que consiste en nacer, alimentarse, sobrevivir, crecer, desaparecer, después de "...hacer otro viviente semejante a sí mismos, con el fin de participar de lo eterno y lo divino en la medida que les es posible: todos los seres vivos, desde luego, aspiran a ello y con tal fin realizan cuantas acciones realizan naturalmente..." (Aristóteles, *Tratado del alma*; Platón, *Simposio*).

Igual que los astros y las plantas, los seres dotados de zoe también se mueven en el espacio y en el tiempo, pero de un modo cualitativamente distinto de la manera en que se mueven las estrellas y las magnolias. En el espacio van ganando estatura, desarrollando su talla, conquistando su porte. Como los vegetales, los animales también están dotados de ese segundo movimiento que consiste en nacer, alimentarse, sobrevivir, crecer, reproducirse, permanecer y morir, es decir, en moverse de la infancia a la senectud, pasando por la adolescencia, la juventud y la madurez.

Pero, a diferencia de las plantas, los animales están dotados de dos movimientos nuevos: el de kinesis y el de *aistesis* (*αισθησις*).

Kinesis es el movimiento que consiste en desplazarse por sí mismo de un lugar a otro en el mar, en la tierra y en el aire. Y *aistesis* es ese otro movimiento que consiste en sentir: por medio de la sensación, lo que está afuera, sin dejar de estar afuera, pasa hacia adentro. Por medio de los actos de ver, oír, tocar, oler y gustar, los colores, los sonidos, lo duro y lo blando, las temperaturas, los aromas, los perfumes, los olores, las fragancias, los sabores, sin dejar de estar afuera en los objetos que los tienen, pasan hacia adentro de los animales, los cuales, guiados certeramente por el instinto, reaccionan ante los estímulos visuales, acústicos, táctiles, olfativos y gustativos.

Gracias a este movimiento de *aistesis*, se mejora y enriquece la diferencia entre la cáscara y el núcleo, la corteza y el tronco, los pétalos y el pistilo, porque comienza a existir un exterior y un interior, aparecen los rudimentos de la interioridad, se siente el primer aliento de vida interior.

De acuerdo al modelo clásico de ciencia, también el movimiento propio de los animales es como el de los vegetales y el de los astros: es un movimiento cíclico, cuyas leyes pueden ser descubiertas por la ciencia y manejadas por la ingeniería.

El movimiento que se da en el universo tiene distintos grados de perfección. El movimiento de Sirio y Orión es perfecto. También es acabado el crecimiento de las rosas, tanto de las rosas de Shakespeare como de las rosas de Harún-el-Raschid. Es perfecto, asimismo, el correr de las panteras. El movimiento de los astros sostiene los otros movimientos. El despliegue de las plantas conserva, eleva y enriquece el desplazamiento de los astros. La carrera de los jaguares y el vuelo de las águilas hacen con el despliegue de las plantas lo que éstas realizan con la rotación y la traslación de estrellas y planetas. Estos movimientos también están relacionados entre sí: donde termina el girar de los cuerpos celestes, inicia el despliegue de las plantas; donde acaba la vida vegetal, emerge la de los animales; y donde alcanza su perfección el movimiento de los animales tiene su punto de arranque *el eros del espíritu humano*, que dota a los seres humanos del movimiento propio de los astros y de la vida propia de las camelias y de la vida propia de las tigresas, y de una nueva estructura dinámica que no poseen el Zodiaco ni los jardines ni los cardúmenes.

A saber, de ese nuevo proceso que consiste en buscar y hallar la hermosura, la verdad y el valor; es decir, de ese nuevo camino que consiste en conocer, amar y compartir, y que se llama *intencionalidad consciente*. El eros del espíritu humano conserva, eleva y trasciende el movimiento de Vega y Arturo, la azucena y el lirio, el quetzal y el canguro.

Decíamos que donde alcanza su perfección la vida de los animales ahí tiene su punto de arranque el eros del espíritu humano. Si los animales alcanzan la perfección de su ser al sentir, en el sentir tiene entonces el espíritu humano su punto de partida. Para ir usando las palabras con mayor precisión, vamos a emplear de preferencia el verbo atender en lugar del verbo sentir. Atender es recoger datos de sentido y de conciencia. Cuando no podemos percibir algunos objetos que buscamos con los ojos, porque están demasiado lejos o son demasiado pequeños, nos ayudamos de telescopios o microscopios, lentes de contacto o anteojos. Cuando no podemos recoger algunos datos con los oídos, porque tales datos no son accesibles normalmente a nuestros oídos naturales, entonces echamos mano de esos oídos artificiales que se llaman radares, antenas. Y a veces nos ayudamos del olfato de algunos animales, cuando los

olores, los perfumes, los aromas están fuera del alcance de nuestro olfato. Atender significa, entonces, recoger datos con nuestros sentidos corporales y también con nuestros sentidos artificiales.

En la medida en que vayamos viendo, oyendo, tocando, oliendo, saboreando con mayor y mejor calidad, iremos dominando el arte de ver bien, el arte de oír bien, el arte de saborear, el arte de oler, el arte de palpar. Es decir, *el arte de atender*.

Cuando atendemos, crecemos y mejoramos.

Porque damos más y mejor de nosotros mismos al irnos volviendo dueños de nuestra sensibilidad, pues cada vez llevamos a cabo las cinco operaciones del atender con mayor y mejor habilidad, destreza, naturalidad, espontaneidad, facilidad y maestría.

Porque damos más y mejor de nosotros mismos al irnos apoderando del arte de estar vigilantes, alertas, despiertos, y despojando de esos vicios que son la dispersión, la disipación, la insensibilidad, la distracción, la desatención, el bostezo, el aburrimiento, el cabeceo, el chocheo, el sonambulismo.

¡De cuánta calidad es el bien que a su sociedad y cultura le hacen los universitarios atentos!

Nadie entrega lo que no posee. Y nadie posee lo que no conoce ni ama ni practica. Cuanto más y mejor conozcamos, amemos y ejercitemos nuestra atención, tanto más y mejor la poseeremos. Y en relación directa a esto están la cantidad y la calidad del servicio que pueden prestar los universitarios atentos.

Entender es el nombre que le vamos a dar al siguiente grupo de operaciones espirituales que realizamos después de atender.

Cuando entendemos, crecemos y mejoramos.

Porque al entender damos más y mejor de nosotros mismos, pues nos comprometemos no nada más con nuestra sensibilidad sino también con nuestra inteligencia.

Porque poco a poco nos vamos volviendo diestros y maestros en el arte de inquirir, en el arte de observar, en el arte de ilustrar, en el arte de explicar, en el arte de analizar y sintetizar, en el arte de inducir y deducir, en el arte de abstraer, en el arte de describir y definir.

Porque poco a poco nos vamos deshaciendo de esos vicios que son el enredo, el embrollo, el desorden, el caos, la falta de observación, la falta de percibir el bosque, el andarse por las ramas y con rodeos sin llegar jamás al meollo ni ir al grano, el no saber distinguir lo esencial de lo secundario, la falta de precisión, de exactitud, de concisión.

Porque poco a poco nos vamos despojando de los vicios intelectuales y *revistiendo* de las destrezas de la inteligencia.

Porque, además de volvernos sujetos atentos, nos convertimos también en sujetos inteligentes.

Imagínense ustedes el bien que pueden hacerle a su comunidad los universitarios que tienen espíritu de búsqueda, espíritu heurístico, espíritu hermenéutico, espíritu de observación, que saben el rumbo, que tienen orientación, que han encontrado su identidad, sentido y destino, que son definidos, que son hermosos por tener una forma de ser, pensar, sentir y servir, también los daños y estragos que pueden causar los académicos que sólo tienen respuestas hechas y empaquetadas y estandarizadas y ninguna pregunta fresca, viva, dinamizadora, universitarios que se enreden consigo mismos y con los demás, que vivan en la ambigüedad y la indefinición, en el desorden y la desorganización, que vayan por el mundo sin rumbo ni fe.

Si los universitarios atentos contagian a otros los sentimientos de admiración, interés, asombro, los universitarios inteligentes irradian los sentimientos de aventura, frescura, alegría, orden, equilibrio, armonía, organización, orientación, ubicación, claridad, hermosura, encanto, gracia, arrobo, embeleso, entusiasmo, de penetración y hondura, de amplitud y altura.

Cuanto más y mejor conozcamos, amemos y practiquemos nuestra inteligencia, tanto más y mejor la poseeremos, tanto más y mejor nos poseeremos como sujetos inteligentes. Y cuanto más y mejor la poseamos y nos poseamos, tanto más y mejor nos podremos entregar y servir.

Pasamos de ser sujetos atentos a ser sujetos inteligentes cuando llevamos a cabo las siguientes 5 operaciones: *INQUIRIR*, *IMAGINAR*, *COMPRENDER*, *CONCEBIR*, *FORMULAR*.

Inquirir es dejar que emerja, callado el ruido de los demás apetitos, esa tendencia a preguntar (qué, quién, por qué, para qué, cómo, dónde, cuándo, cuánto) que yace escondida en lo más hondo de nuestro interior, y que es capaz de absorbernos, cautivarnos, entusiasmarnos, sacrificarnos.

Cuando hacemos estas preguntas andamos buscando algo, estamos tendiendo a un objeto, que es el objeto propio al que tiende el sujeto inteligente. Este objeto al que tendemos cuando inquirimos se llama *lo inteligible*. Como los datos son el objeto propio del sujeto atento, así lo inteligible es el objeto propio del sujeto inteligente.

Las preguntas en que se vuelve concreto el inquirir se llaman preguntas para comprender. Gracias a estas preguntas comenzamos

a penetrar con la inteligencia en el interior de los datos que hemos recogido al atender.

Cuando preguntamos qué, andamos buscando la esencia de personas y cosas. Cuando preguntamos quién, buscamos su identidad. Cuando preguntamos por qué, andamos buscando las causas. Cuando preguntamos para qué, andamos buscando las intenciones, las metas, los objetivos, la finalidad. Cuando preguntamos cómo, queremos saber el modo, la manera, la forma. Cuando preguntamos cuándo, queremos situar a personas y cosas en el tiempo. Cuando preguntamos dónde, tratamos de ubicarlas en el espacio. Cuando preguntamos cuánto, les tomamos la medida a personas y cosas. Cuando preguntamos cuál, buscamos sus cualidades y propiedades.

Lo inteligible recibe, pues, muchos otros nombres: esencia, identidad, causalidad, forma, estructura, orden, naturaleza, unidad interna, hermosura.

Inquirir significa, en pocas palabras, buscar el alimento que sacie y la bebida que apague el hambre y la sed del sujeto inteligente.

Imaginar es poner ejemplos, pintar monitos, exponer casos, servirse de ilustraciones y dibujos. Sin ejemplos ni monitos ni casos ni ilustraciones nos resulta todo abstracto. Gracias al imaginar podemos ver claro.

Decimos que el sujeto inteligente *comprende* cuando encuentra lo inteligible, cuando pone en claro la red de relaciones que mantiene interiormente unificados entre sí a los datos, los hechos, los fenómenos, las informaciones.

Decimos que el sujeto inteligente *concibe* cuando forma la idea, el concepto de lo que ha comprendido; cuando separa lo esencial de lo secundario, lo universal de lo particular, lo general de lo FOLKLÓRICO, lo que le permite tener una idea clara y no borrosa, distinta y no confusa, de personas y cosas.

El trabajo del sujeto inteligente llega a su madurez cuando *formula*, es decir, cuando describe y define, poniendo en la definición la esencia de personas y cosas.

Aquí acaba la obra del sujeto inteligente.

Como al inquirir adoptamos una *actitud heurística* que nos permite pasar de ser sujetos atentos a ser sujetos inteligentes, así al reflexionar adoptamos una *actitud crítica* que nos permite pasar de ser sujetos inteligentes a ser sujetos racionales y críticos.

Nos volvemos sujetos racionales cuando consideramos el fruto de nuestro trabajo inteligente como una "mera idea brillante" y nos empeñamos en averiguar si, además de brillante, es también correcta,

verdadera y real nuestra idea, nuestra teoría, nuestra explicación, nuestra interpretación de los datos, las informaciones, los hechos.

Nos volvemos sujetos críticos al reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia, juzgar.

Como inquirir es esa tendencia espontánea a entender qué, cómo, por qué, para qué, que yace escondida en lo más hondo de nosotros, así reflexionar es esa tendencia incoercible a volverse la indiferencia y el desinterés en persona, a no someterse más que a los criterios de verdad y objetividad, a poner su interés y placer únicamente en determinar lo que es o no es verdadero y real, a entregarse sin condiciones exclusivamente a la búsqueda y encuentro de la verdad.

Como el inquirir se hace concreto en preguntas para comprender, así el *reflexionar* se hace concreto en *preguntas para reflexionar*: ¿Es o no es así? ¿Es verdad o no? ¿Es real o irreal? ¿Es verdadero o falso? ¿Es cierto o incierto? ¿Está usted seguro o no? ¿Es correcto o erróneo? ¿Es acertado o equivocado? ¿Es realidad o ilusión, alucinación, apariencia, mito, ficción, espejismo, fantasmagoría?

Juzgar es responder con un sí o un no o un no sé una pregunta para reflexionar. También significa emitir juicios de hecho, juicios de verdad.

Pero para pasar del reflexionar al juzgar, necesitamos: 1) *reunir pruebas* a favor o en contra de que algo es verdadero o falso, real o irreal, seguro o inseguro, cierto o incierto, correcto o erróneo, acertado o equivocado, y 2) *ponderarlas*, es decir, *a)* poner las pruebas a favor en el platillo izquierdo de la balanza y las pruebas en contra en el platillo derecho, *b)* observar cómo se mueven ambos platillos para averiguar cuáles argumentos y pruebas pesan más y en qué grado, *c)* hasta constatar que se ha reunido toda la evidencia necesaria y suficiente para emitir honestamente un juicio afirmativo, negativo o dubitativo.

¿Cuáles son los nuevos sentimientos que brotan en nuestro interior al razonar, al criticar, al discernir? Nos sentimos veraces, seguros, firmes, macizos, consistentes, llenos de certeza, fundados sobre roca o granito.

Imagínense el daño que le causarían a su comunidad los maestros y los estudiantes carentes de dudas, sin pasión por la verdad, sin sed del ser, sin aversión al error, la falsedad, la mentira, sin ganas de realidad, sin necesidad de certeza, todos movedizos, inconsistentes, inseguros, mendaces, privados de criterio, presas de la ilusión o la alucinación o la apariencia o los espejismos o los mitos o las ficciones o las fantasmagorías o la ingenuidad o la bobera o la credulidad o la mentecatez, o...

Hasta ahorita llevamos estudiadas las siguientes 14 operaciones: ver, oír, tocar, oler, gustar, inquirir, imaginar, comprender, concebir, formular, reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia, juzgar.

Estas 14 operaciones se pueden reunir en tres grupos:

1º: ver, oír, tocar, oler, gustar;

2º: inquirir, imaginar, comprender, concebir, formular;

3º: reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia, juzgar.

El primer grupo recibe el nombre de *atender*, el segundo de *entender*, el tercero de *juzgar*. Y la combinación de atender, entender y juzgar forma *la estructura dinámica del conocimiento humano*.

Pero la vida espiritual propia de cada ser humano no termina en el juzgar, no se agota en el conocer: continúa en el querer, en el ejercicio de la voluntad, en el acto propio de la voluntad que es la decisión libre.

Pasamos del conocer al querer por medio de tres operaciones nuevas: deliberar, valorar, decidir. Este cuarto grupo de operaciones recibe el nombre de *decidir*.

Deliberar es prepararnos de más cerca al ejercicio de nuestra libertad. Nos preparamos a ejercer nuestra libertad haciendo un nuevo tipo de preguntas, llamadas preguntas para deliberar. Cuando hacemos estas preguntas andamos buscando el valor, presente en la realidad experimentada, comprendida y juzgada. (Valor significa bien verdadero; antivalor, mal verdadero.) Ejemplos de preguntas para deliberar: ¿De veras es bueno o es bueno nada más en apariencia? ¿Realmente es malo o es malo nada más aparentemente? ¿Es cierto que nos conviene? ¿De verdad es aconsejable? ¿Realmente es oportuno llevarlo a cabo? ¿De veras me va a construir o en realidad nada más me va a destruir? ¿De verdad no me va a hacer daño? ¿Está usted seguro que es para bien de todos?

Valorar es responder, después de haber reunido pruebas a favor o en contra de que algo es valioso o no, con un sí o con un no o con un no sé las preguntas para deliberar. Responder con un sí o un no o un no sé es emitir juicios de valor afirmativos, negativos, dubitativos.

Decidir es, por un lado, preguntar y, por otro, responder. Las preguntas que hacemos se llaman preguntas para decidir: ¿Te vienes o te quedas? ¿Lo quieres o no lo quieres? ¿Lo haces o no lo haces? ¿Me sigues o te quedas? ¿La aceptas o no la aceptas como tu esposa? ¿Acoges o le das la espalda al don de Dios? Decidir, no como pregunta sino como respuesta, es responder con un sí o con un no las preguntas para decidir. Responder con un sí o con un no,

se llama hacer una opción, llevar a cabo una elección, tomar una decisión.

Cuando realizamos las tres operaciones que forman el grupo del decidir, crecemos y mejoramos. Porque al decidir damos más y mejor de nosotros mismos, pues nos comprometemos no nada más con nuestra sensibilidad, con nuestra inteligencia y nuestra razón, sino también con nuestra afectividad, con nuestros sentimientos, con nuestra libertad. Crecemos y mejoramos, porque poco a poco nos vamos volviendo maestros de deliberación, maestros de prudencia, maestros de responsabilidad, maestros en la toma de decisiones libres, y no arrebatadas, no berrinchudas, ni viscerales, ni caprichudas, ni precipitadas, ni hormonales, ni insensatas, ni mentecatas, ni necias, ni impulsivas, ni ciegas... En este nivel nos comprometemos con lo más íntimo y sagrado que tenemos: el corazón libre, símbolo del centro de decisión de donde proceden todas nuestras opciones fundamentales. Crecemos y mejoramos, porque nuestra vida adquiere gravedad, peso, rumbo, orientación. Porque nos comprometemos, tenemos dueño, le pertenecemos a algo o a alguien, nos enamoramos.

Terminamos nuestra actividad espiritual al significar, es decir, al hablar y escribir, al compartir con nuestros semejantes por medio de las palabras nuestros pensamientos, nuestras preguntas y respuestas, nuestras búsquedas y hallazgos, nuestra vida interior.

Nuestro lenguaje puede ser mímico: cuando nos expresamos por medio de las miradas y los guiños, las poses y los gestos, los ademanes y las muecas. Nuestro significado mímico "vehicula" nuestra interioridad.

Lo que tenemos en la mente y el corazón lo podemos indicar a través de los símbolos. Usamos, entonces, el significado simbólico.

Nuestras intuiciones y rebeldías, nuestras corazonadas y discrepancias, nuestros sueños y pesadillas, podemos expresarlos por medio de las obras de arte: el lienzo y la estatua, la sonata y la catedral, la danza y el poema. Nos valemos del significado artístico.

Pero, además de los gestos y los símbolos, las creaciones y las invenciones, tenemos la palabra hablada y escrita, tenemos los sonidos y los signos escritos cargados de sentido, verdad, hermosura, valor, amor.

Para la tradición judeo-cristiana, el mejor lenguaje es la palabra hecha carne, el significado encarnado. Nos expresamos de la mayor y mejor manera posible cuando somos la encarnación viva de nuestras verdades, valores y amores.

Con el significar acaba el proceso en el cual consiste la vida espiritual de que está dotado todo ser humano.

Está integrado dinámicamente dicho camino por 19 operaciones: ver, oír, tocar, oler, gustar, inquirir, imaginar, comprender, concebir, formular, reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia, juzgar, deliberar, valorar, decidir, hablar, escribir.

Como tenemos 1) operaciones, 2) que son recurrentes, 3) que están relacionadas entre sí, 4) que forman un patrón, 5) que es normativo, 6) que rinde resultados, 7) que son acumulativos y 8) progresivos, entonces tenemos en nuestras manos un método: un patrón normativo de operaciones recurrentes y relacionadas que rinden resultados acumulativos y progresivos.

Y nosotros somos este método.

Nosotros somos nuestro propio camino.

La palabra que procede de la Universidad Iberoamericana es una palabra atenta, inteligente, crítica, responsable, significativa.

Es una palabra hermosa, verdadera, valiosa, enamorada, comprometida. La palabra de la universidad es imagen y semejanza de la Palabra que procede del seno del Padre.